

ches á su tío, Sebastián, aprovechando la ocasión de que su esposa retiraba el famoso servicio, al abrazar á su sobrina, le dijo al oído:

—Sobre todo no vengas tarde, eso hace sufrir mucho á tu tía.

La joven se sonrió y se fué; apenas había llegado á la puerta de su gabinete cuando Isabel la llamó.

—Oye, Camila—le dijo cogiéndola por una mano—¡te suplico que no nos des más inquietudes! Tú no puedes figurarte el daño que esto hace á tu tío!

—Esté usted tranquila.

Isabel regresó al lado de su esposo con el corazón oprimido, y al contemplarle adivinó que él también sufría.

—¡Si siquiera nos hubiese dicho que nos amaba, que estaba bien á nuestro lado!—exclamó Sebastián.

—Camila no miente nunca—repuso la señora Frogé con amargura,—¿por qué ha de decir lo que no piensa?

Suspiraron juntos; cuando se ama se es menos desgraciado.

—¿Sabes que empiezo á creer que Camila no es tan perfecta como creemos?—dijo Sebastián después de un momento de reflexión.

—¡Pobre niña!—repuso su mujer con el corazón rebotante de tristeza.

## XII

La señora Brécart hallábase en su saloncito sentada cerca de un fuego agradable, uno de esos fuegos de leña que duran toda una tarde sin necesidad de que se les toque y que inspiran agradables pensamientos. Pablo había vuelto á cumplir sus obligaciones; antes de salir ella le abrigó bien, y desde la ventana seguía con los ojos el coche en que iba, pues no quiso que saliera á pie; después, viendo á su Félix dedicado á hacer edificios con pedazos de madera, bajo la vigilancia de la criada, que antes lo había sido de su madre, fué á sentarse la señora Brécart á instalarse al lado del fuego, con el fin de terminar un tapiz empezado hacía mucho tiempo y que pensaba colocar en el gabinete de su esposo.

A la vez que trabajaba Clara se puso á meditar. La imagen de Camila, después de haber vagado ante sus ojos, vino á detenerse entre ella y su trabajo.

Camila no era buena. Esta idea, que la joven había rechazado cien veces, le acusaba sin cesar, y ahora Clara no podía desecharla como antes, por el recuerdo de las buenas obras de su amiga. Camila había representado en su casa el papel de un genio malo; con ella entraron en aquel dulce nido, donde la felicidad tendía sus



alas, las palabras acerbadas, los reproches injustos de su esposo; con Camila se presentó el deber gruñón, desagradable, hostil, allí donde no había penetrado nunca más que la serenidad del trabajo amistoso, del esfuerzo que nada cuesta, porque está dictado por el amor, por la alegría de hacer bien al que se ama... ¿Sería en verdad un mal mostrarse cariñosa, cumplir con su deber? ¿Sería preciso renunciar á los bienes de la tierra hasta el punto de tener en su casa un semblante serio y resignado, en vez de sonreír contenta de sí misma? ¿Habría que huir como de un remordimiento de los elogios de su propia conciencia?

Clara sonrió con dulzura.—¡No!—se dijo—Camila no me enseñará á odiar la vida, para sentir en seguida el inefable placer de perdonarla. No es su moral estrecha y lúgubre la verdadera; esos procedimientos ascéticos no son de nuestra época; ¿por qué no he de ser yo una buena esposa para mi marido, una buena madre para mi hijo, un espíritu recto y compasivo para todos, los que se me acercan? ¡Me parece que puedo morir tranquila, sin temor á ser juzgada con severidad!

Aquí un pensamiento turbó sus meditaciones. ¿No sería demasiado severa con su amiga? Analizando el fondo de su conciencia, notó de repente con algún espanto, que no la amaba.

—¡No me ha hecho nada!—se dijo la joven con cons ternación—¿es que yo seré mala?

Verdad es que le había hecho algún mal, pues Camila era responsable de la enfermedad de Pablo; pero aquello ya había concluído, no quedando más que un recuerdo; ¿por qué, pues, aquel mal sentimiento, aun á

pesar suyo, que parecía agrandarse á medida que se esforzaba en vencerle?

A fin de cambiar el curso de sus ideas, fué á la habitación inmediata, en donde se hallaba su hijo, para abrazarle, y en la que seguía haciendo magníficos castillos de madera.

—Dime, Félix, ¿me quieres mucho?—le preguntó con la idea de arrojar sus malos pensamientos.

—Sí—repuso el niño levantando la cabeza con seriedad—á papá también y á María—añadió señalando á la criada.

Colocó otro pedazo de madera en su obra, luego inclinó la cabeza para contemplarla, añadiendo después de un instante.

—Mamá, es á Camila á la que no quiero.

Para confirmar lo que le decía, de un manotazo derribó su obra, que cayó con estrépito, y después se puso á hacerla de nuevo.

Clara regresó al saloncito casi espantada de lo que acababa de oír, ¿su antipatía por Camila sería tan natural que hasta el niño, á pesar de su alma inocente, la sentía? ¿Sería ella quien se la inspiró sin quererlo?

En el momento en que volvía á ponerse á trabajar le anunciaron la visita de Mirmont.

Aquella visita nada tenía de sorprendente; sin embargo, la señora Brécart se estremeció con cierto placer, sospechaba que iba á saber algo respecto á Camila; si Mirmont pudiese anunciarle que antes de veinticuatro horas se casaba con Camila y que en seguida se iba con ella á Argelia hubiese sido capaz de abrazarle.

Mirmont no tenía aspecto de irse á Argelia, ni tam-



poco el del hombre que viene á anunciar su próximo enlace. Con su gravedad de costumbre se sentó enfrente de Clara y durante unos diez minutos se mostró el soltero galante y correcto.

Como no hablase de Camila, fue la joven quien en su impaciencia preguntó por ella.

—¿Su ida al teatro tuvo éxito?—le preguntó sin mirarle.

—¿En qué sentido lo quiere usted decir?—repuso Mirmont encantado de esta pregunta que le abría el camino.

—¿Quería preguntarle á usted si logró el placer que se proponía? ¿La señorita Frogé se dignó asistir?

—Sí, se dignó asistir y tuve en ello bastante placer, pero... yo no sé si debo hacerle á usted por entero mi revelación.

—¿Tiene usted revelaciones que hacerme? ¡Pues no encontrará nunca confidente más discreto!

Mirmont poniéndose serio se acercó un poco más.

—He tenido el honor—dijo á media voz, de pedir la mano de la señorita Frogé.

—¿Sus tíos se la habrán concedido?—dijo Clara con el corazón tembloroso de placer y una dulce ironía en la voz.

—Creo, que sus tíos no me la hubieran negado—repuso Gustavo—pero antes de acercarme á ellos, la señorita Frogé me la ha negado rotundamente.

—¡Ella!—exclamó Clara—¡Ella es la que le ha rechazado á usted! ¿Y bajo qué pretexto, Dios mío?

Mirmont guardó silencio un instante. Le era difícil hablar, pero más callar, y además si se callaba, ¿para qué hizo la visita? Mejor hubiese sido no hacerla.

—El pretexto que me ha dado—repuso con lentitud—es de tal naturaleza que apenas me creo autorizado á revelárselo á pesar de ser usted su mejor y su única amiga.

Clara le miró con asombro.

—Este pretexto no es de los que pueden hacer disminuir la estimación que me inspira la señorita Frogé, me limito á sentir el haber llegado tarde.. Usted, señora, que tiene tanto ascendiente sobre la señorita Camila...

Clara sintió deseos de preguntarle si se burlaba de ella, pero por miedo á interrumpirle se abstuvo de hacerlo.

—Usted debería hacerle comprender cuál era su verdadera obligación, la verdadera prudencia, recomendarle que renunciase á una pasión que sólo puede causar á ella y á los demás verdaderos pesares.

—¿Qué pasa?—preguntó la señora Brécart invadida por una especie de terror, pues adivinaba que Mirmont no le hablaría en aquel tono, si el asunto no tuviese interés para ella.

La señorita Frogé me ha dado por pretexto á su negativa una razón ante la cual no tengo más remedio que inclinarme; pero que ella podría abandonar, es cosa que no dudo; le he asegurado que si quería volverse atrás de su decisión, por mi parte olvidaría en absoluto lo que me dijo, y que los sentimientos que me inspira no sufrirían ninguna modificación...

—Pero ¿qué es ello?—insistió Clara cada vez más sorprendida y temerosa.

—En una palabra, querida señora, que no creía de-



berselo decir. La señorita Frogé ama á un hombre casado y quiere permanecer fiel á este amor.

—[Camila]—exclamó Clara levantándose—¡es imposible! ¡No, no, eso no puede ser, ella no ha dicho semejante cosa!

Mirmont se inclinó respetuosamente sin añadir una palabra; la señora Brécart juntó sus manos apretándolas contra su corazón pronto á estallar, y luego las dejó caer. Cien veces la idea de aquel amor había acudido á su mente, pero tan vaga, tan confusa, que apenas conservaba recuerdo; pero de pronto, la terrible verdad surgía ante ella y le sería preciso entablar la lucha.

—¡Un hombre casado!—repitió Clara.

Ya no era posible hacerse ninguna ilusión. Camila no veía ningún otro hombre casado con tanta intimidad como á su esposo, y además el antiguo rumor que circuló por San Martín de las Minas servía de base irrefutable á aquella nueva convicción.

—¿Supongo que no habrá dicho su nombre?—dijo la joven mirando á Mirmont con el semblante lleno de indignación.

—No señora, no lo ha pronunciado—repuso Mirmont y no mentía pues fue él quien nombró á Pablo.

Clara sintió un gran consuelo, ya era algo; pensar que su nombre no se mezclaba en tan triste aventura. Que la vergüenza cayese solamente sobre Camila, que no había sabido hallar otro medio de defenderse, más que rebajándose!

—¿Señora, he hecho mal en pensar que usted me ayudaría con sus consejos para hacer que la señorita Frogé alimente sentimientos más racionales, más con-

formes con los principios que hasta aquí le han guiado?—dijo Mirmont con humildad.

—Caballero, esté seguro que en cuanto dependa de mí haré todo lo posible para que la señorita Frogé cumpla como debe cumplir.

La indignación que un momento antes inflamaba su semblante fue substituída por una palidez repentina. El abismo que acababa de sondar le producía vértigo.

¿Podía creer que Camila, con sus buenos sentimientos de honor, de deber, de estrecho y fanático rigorismo hubiese entrado en aquella casa llevando el adulterio en el corazón?

La idea de aquella traición le producía horror hasta el punto de inspirarle más disgusto que cólera. Tuvo un ademán de desfallecimiento, tan grande que Mirmont sintió compasión por ella, arrepintiéndose de lo que dijo.

—¡Bah!—pensó para consolarse—¡es un servicio que le he prestado!—añadiendo en alta voz—He de permitirme advertirle, que si la señorita Frogé sabe que yo he hablado con usted, todo cuanto usted haga será inútil para mí... En su cólera me rechazaría ahora con más fuerza que antes.

—Tiene usted razón, caballero, no sabrá que nos hemos visto. Además,—añadió con amargura—se admiraría de que yo estuviese avisada.

Sin contestar á esta observación, Mirmont se apresuró á retirarse; su corazón era sensible y no le gustaba contemplar los males que había causado. Además, ¿de qué podía servir su presencia? Su único temor era encontrar á Camila en la escalera ó en las inmediaciones



de la casa; pero la divinidad especial que le protegía le evitó semejante disgusto.

Clara volvió á ponerse á trabajar, pero su cerebro no estaba para hacer aquella labor.

¡El misterio ya se había aclarado! Aquel era el motivo de los secretos reproches de Camila, de sus burlas, de sus desdenes, de todas las cosas extrañas que desde hacía seis meses envenenaban su vida. Si Camila amaba á Pablo, era muy natural que censurase sus menudas acciones, que se esforzase con sus palabras por arrojar á su rival en la sombra del olvido, de anonadarla. Todo esto le seguía pareciendo muy lógico, y Clara comprendió que nada podía ser más evidente.

¿Por qué semejante rivalidad? ¿Cómo siendo Camila tan orgullosa, tan altiva, tan susceptible había osado manchar su blancura de armiño con un amor semejante?

Al pensar en los hermosos principios que profesaba su amiga, la señora Brécart sintió compasión; ¿de qué servían aquellos pensamientos elevados, aquellas palabras austeras? ¿Para codiciar al esposo de otra? El desprecio más absoluto nació de repente en el alma de la joven, viéndose cien codos por encima de su desgraciada rival.

¿Y Pablo? Al pensar que era á su esposo, á aquel ser noble y recto á quien Camila se había atrevido á dirigirse, la cólera de Clara estalló con furia; hubiese perdonado á la joven el haberle hecho daño; pero haber expuesto á Pablo á sucumbir, traicionar la fe del matrimonio, ¡eso no se lo perdonaría nunca!

—Nunca, nunca,—se dijo poniéndose en pie y caminando despacio por el salón, es preciso que yo la vea en

seguida aquí en mi casa, en el santuario que ha violado, pues en casa de los Frogé no le puedo hablar con claridad.

Escribió en una tarjeta: «Tengo necesidad de verte» y la hizo llevar por un recadero.

Una hora después, Camila se presentó. Su antigua seguridad había disminuído desde el día anterior, y se presentaba en aquella casa con cierto miedo; el escrito de la señora Brécart era muy lacónico, para que pudiese adivinar lo que le pudiese querer, y sin embargo no auguraba nada bueno. Le era preciso acudir al llamamiento de su amiga ¿cómo negarse? Entró con inquietud casi asustada, pero ocultando sus temores, bajo la máscara convencional de su sonrisa afable y seria.

—¿Me has mandado llamar?—le dijo—¿Qué me quieres?

Acercó su semblante al de Clara; ésta retrocedió un poco sin estrechar la mano que Camila le tendía. La señorita Frogé palideció temblando de pies á cabeza; las dos mujeres se miraron un instante en silencio. Camila comprendía que Clara lo sabía todo. Sin embargo, su orgullo indomable le dió valor y no bajó los ojos. La hubiesen matado sin hacerle pedir perdón.

Además, un soberano desprecio hacia Pablo Brécart acababa de nacer en su corazón ante la idea de que solamente él podía haber descubierto su secreto. ¡Qué hombre por débil y tonto que sea no sabe defender la dignidad de una mujer, contra las expansiones de la intimitad! Era indudable que los dos se habían burlado de ella, que le habían puesto en ridículo por ser víctima de un amor sin esperanza.



—¿Qué me quieres?—dijo esta vez con entonación breve é imperiosa.

Clara no se dejó intimidar; había tenido una hora de tiempo para coordinar sus ideas y le repuso con entonación firme y brillante:

—Quería decirte que amas á mi esposo.

Camila no pudo reprimir un movimiento de cólera; la señora Brécart estaba en posesión de toda su sangre fría, y el ultraje era más que sangriento. El orgullo de la joven le hizo tomar una decisión enérgica.

—Le amaba—repuso con altivez—pero desde que ha sido bastante vil para descubrir mi secreto á su mujer, ya no le amo, le desprecio.

A Clara le faltó poco para tapar con la mano la boca de quien acaba de insultar á su marido; pero supo contenerse y dió un paso atrás.

—¡Tú amas á mi marido, tú le has creído capaz de una cobardía; yo también le amo y ni un solo instante he sospechado de él! He aquí la diferencia entre tu amor y el mío.—Después de un breve silencio añadió:—Pablo nunca me ha hablado de ti. ¿Tú le has dicho que le amabas?

Camila, blanca de cólera y de vergüenza, siguió contemplando á Clara con los ojos rebosantes de odio y de desafío. Véíase mortalmente herida, cuando se creyó traicionada podía aún luchar, ahora se arrepentía de haber renegado del amor de Pablo en el momento en que este se mostraba más digno que nunca.

—Ignoro—exclamó—el nombre del infame que me ha hecho traición; tú me dices que no ha sido él, te creo; en éste caso sigue siendo el mismo que antes, no ha perdido

nada de mi estimación... ni de su amor—concluyó diciendo con audacia.

—¡Traicionartel—exclamó Clara.—¿Pero tienes necesidad de que te hagan traición? ¿Tú misma no te has descubierto cien veces? ¿No ha sido necesaria toda mi indulgencia, toda la necia compasión que tus desgracias me inspiran para permanecer ciega durante tanto tiempo ante tu conducta? En diferentes ocasiones he creído notar que tú no eras amiga mía, que tratabas de molestarte, de separarme de mi marido... Si he rechazado esta idea es porque no quería creer en el mal, porque tales sospechas me parecían indignas de mí... pero hoy que he abierto los ojos, te he hecho venir para decirte que todo ha concluído entre nosotras, que olvidaré tu nombre, tu existencia, y que...

—¿Y qué?—preguntó Camila con altivez.

—Que tu debes hacer lo mismo. No debías haberme obligado á que te lo dijese.

—Creo—repuso Camila con mala intención—que la mujer no tiene en la casa más autoridad que la que permite su marido. ¿Antes de despedirme le has pedido permiso á él?

Clara miró á su antigua amiga frente á frente y esta vez no se atrevió á sostener su honrada mirada, llena de una indignación que las palabras no podían expresar. Camila volvió la vista é hizo ademán de dirigirse á la puerta.

—Escúchame—le dijo la señora Brécart— es preciso que me oigas. Te conozco más de lo que crees, y hasta te diré que te compadezco. ¡Oh! á ti te parece bien mirarme con desdén; entre las dos, no soy yo quien es dig-



na de compasión; y este no es asunto de categoría ni de fortuna, es cuestión de carácter. Tú has querido ser perfecta, sustraerte á los errores y á los desfallecimientos de la vida ordinaria; has buscado en la existencia real la satisfacción de tus deseos, de tus sueños. Enrojece al pensar en la maternidad, me hallabas inconveniente cuando me veías abrazar á mi esposo... y he aquí que la naturaleza se venga de ti; ¡amas al marido de otra! Conoces las palabras del Evangelio: «Aquel que ha cometido adulterio en su corazón es adúltero.» Pues bien, ese es tu castigo. Si fueses esposa de otro hombre no codiciarías á mi marido.

—Yo no he codiciado á tu esposo—interrumpió Camila;—el amor que yo siento, no tiene nada de común con lo que tú llamas por ese nombre.

—Camila, te pido perdón, pues lo que tú sientes por él no es más que una perversión de todo sentimiento honrado. ¡No es amistad, pues mi existencia te enoja y me odias! ¡No es amor, puesto que á ningún precio quisieras destruir tu pureza y dar hijos al hombre que amas! ¿Qué es sino un producto de tu espíritu enfermo? ¡Camila, yo te compadezco! Pero á los malhechores también se les compadece cuando caen en manos de la justicia, y sin embargo, la sociedad los rechaza. Así es, que te arrojé de mi casa, no porque te odie... yo no te odio, pero con el camino que has elegido no puedes hacer más que daño á ti misma y á los demás.

—Era inútil hablar tanto—repuso Camila abriendo la puerta;—no tenías más que haberme dicho por escrito que no volviese y nos hubiéramos evitado una escena ridícula.

—Yo no la encuentro ridícula—contestó Clara.—Ya ves la diferencia que hay entre nosotras. Tú te vas lanzando un sarcasmo, yo me quedo pensando en nuestra amistad que has destruído y manchado, mi corazón queda lleno de pesar.

Camila salió sin responder y Clara oyó cerrarse la puerta tras ella. Quedó inmóvil durante un instante; luego, cubriéndose el rostro con las manos, prorrumpió en llanto.

¡Qué de recuerdos de la infancia acudieron entonces á su imaginación en tan doloroso momento, desde la primera vez que sintió compasión por Camila, por la pobre huérfana, vestida de negro, con los ojos enrojecidos por el llanto; de la primera muñeca de que se privó por dársela á ella, hasta su encuentro durante la primavera última que le causó tanto gozo hallando otra vez á su amiga!...

—¡Ah, Camila!—murmuró—has abusado de mi confianza.

Lloró otra vez, esforzándose en vano en secar sus lágrimas. Llegó la noche. En el saloncito no había luz; Pablo que había llegado, penetró sin saber que su esposa estaba allí. Al oír aquellos pasos que conocía, Clara levantó la cabeza tratando de recobrar su aspecto normal, pero Pablo no se dejó engañar.

—Tú has llorado—le dijo con ternura—¿qué tienes?

La estrechó en los brazos apoyando sobre su hombro la fatigada cabeza de su esposa.

La joven vaciló un instante pensando: ¿qué le diré. Al fin se resolvió á hablar.

—Camila te ama y le he prohibido que vuelva.



—Pobre Clara, has debido sufrir mucho—exclamó Pablo estrechándola más contra su pecho.

—¡Ah, cómo me comprendes!—exclamó la joven en un arranque de amor y de gratitud.

—Tu también me comprendes—repuso Pablo con gravedad—¿no habrás dudado de mí?

—Si hubiese dudado, sería yo, quien se iría de aquí. Félix abrió la puerta del salón, avanzando á tientas y tropezando en los muebles.

—Papá ha vuelto y no me ha abrazado, eso no está bien.

El niño acabó por encontrarse con las rodillas de su padre, y agarrándose á ellas se esforzaba en subir; Pablo le cogió poniéndole en brazos de su esposa y estrechando en un abrazo á los seres que le eran queridos dijo:

—Clara, fuera de la familia, nada hay que sea hermoso y verdadero.

## XIII

Camila caminaba sola á lo largo de los muelles. A salir de casa de Clara miró en dirección á la suya; pero no siguió el camino que allí la llevaba; por nada del mundo hubiese querido contar á sus tíos la escena que acababa de ocurrir; necesitaba tiempo para tranquilizarse y se puso á caminar sin rumbo fijo.

Una niebla espesa, saliendo del Sena, revestía los objetos de una especie de negruzco crespón; un frío húmedo se pegaba en las ropas, haciendo temblar á los transeúntes y que apretasen el paso; pero era difícil caminar sobre aquel suelo fangoso y resvaladizo; la aparición de la noche daba un aspecto triste á los grandes árboles del muelle.

Camila marchaba con lentitud hacia el hotel de Trémouille, atraída por el deseo malsano de apurar la copa del dolor y de recordar la amargura sufrida en aquel sitio. ¡Arrojada por la esposa después de haberlo sido por el marido! ¡Y cuán inmerecido lo encontraba la joven en su orgullo! ¡Era por haberse mantenido en una esfera ideal, por encima de todo lo que puede desagradar al ser humano, por lo que la infligieron tan terrible ultraje! ¿Para qué, pues, servían las aspiraciones elevadas, los sacrificios sobrehumanos? ¿A qué hacer